

NATURALIDAD DEL ENFASIS

Nos cuadra empezar por un aforismo perogrullesco, verdadero axioma analítico, que se formula diciendo: en los espíritus de naturaleza enfática el énfasis es natural. Proposición que me atrevo á esperar encuentre evidente el lector, pero que me atrevo á suponer también ha de olvidar no pocas veces su evidencia.

Con tanta frecuencia, en efecto, se habla de la naturalidad de un estilo confundiéndola con la sencillez, y suponiendo, con suposición rara vez acertada, que lo sencillo es lo natural.

La primera cuestión es, sin duda, la de saber qué es natural y qué no lo es, y apenas entramos en ella nos encontramos en un laberinto de dificultades.

Al viejo aforismo de que el hábito es una segunda naturaleza lo completó alguien diciendo que la naturaleza es un primer hábito. Y de hecho eso que llamamos la naturaleza de uno es cosa que se forma, deforma, reforma y transforma sin cesar. Y en rigor, de nadie puede decirse cómo es hasta después que ha muerto y al morir ha sellado su personalidad.

Lo que empieza siendo adquirido acaba por ser tan natural como lo congénito.

En general lo que los críticos y preceptistas franceses llaman "naturel", suele ser lo menos natural que hay, á lo menos para nosotros los españoles, que tenemos, por lo común, una naturaleza diferentísima y en los más de los respectos casi opuesta á la de los franceses. La hermandad latina no es, en este respecto, como en tantos otros, más que un embuste. No puede llamarse hermandad á la influencia debida á la vecindad, é influencia casi siempre perniciosa.

La mezquina y estrecha estética francesa está, en efecto, y ha estado durante mucho tiempo trastornando y estropeando á no pocos de nuestros escritores. Sufrimos el yugo intelectual del pueblo acaso menos "simpático", quiero decir—porque el sentido corriente de simpático es otro—del pueblo que menos se compadece con los demás, que menos capaz es de penetrar en el espíritu de los modos de sentir y pensar de otros pueblos, del pueblo que vive más orgullosamente encerrado en sí mismo. No hay mentira mayor que el exotismo de los escritores franceses que se precian de exóticos. En el fondo de su espíritu, todo francés, por culto que sea, cree que Shakespeare ó Calderón son unos bárbaros cuya función social es dar la primera materia para que un Racine cualquiera haga dramas definitivos. Y cuando juzgan á un autor extranjero, su único criterio seguro y fijo es si es más ó menos afrancesado, si

se parece más ó menos á ellos. En esto Zola, el incomprendido Zola, aquel hombre de cerebro tan estrecho como grande era su ignorancia, fué un modelo.

En cambio, ved qué estimación de nuestros ingenios más propios y más naturales nos ha venido de Alemania ó de Inglaterra. Schlegel puede decirse que descubrió Calderón al público europeo; Schopenhauer, á Gracián, y el *Quijote*, acaso en ninguna parte es mejor y más hondamente sentido que en Inglaterra. E Italia misma, la otra gran nación latina, muestra una más honda simpatía con nuestras cosas espirituales que no Francia.

Uno de los reproches que más comúnmente nos hacen los franceses es el de que somos declamatorios. A lo cual no cabe responder sino: "Bien, ¿y qué?" Ya que no les devolvamos la pelota, reprochándoles de fríos ó de intelectuales. Porque tal es la falta del espíritu clásico francés, su intelectualismo. Pueblo de grandes geómetras y matemáticos, que en puro arte llegan á falsificar hasta la emoción.

Cuando se nos reprocha de declamadores recuerdo al punto aquello de que el Africa empieza en los Pirineos. Y este recuerdo se me viene entonces á las mientes traído á ellas por el eslabón de un gran declamador, del ardiente y admirable africano Agustín de Hipona. Y me ocurre al punto comparar la declamación del obispo africano con la retórica del obispo francés, de Bossuet, y pensar que el primero fué un buceador y descubridor de profundidades del

alma humana y el segundo un mero expositor elocuente de los grandes lugares comunes del galicismo á la francesa.

Decía Sarmiento en el relato del viaje que hizo á España en 1846 que cuando el género clásico francés atravesó los Pirineos y vino á aristocratizar el teatro en España, no pudiendo el pueblo comprender sus bellezas, abandonó un espectáculo extranjero ya para él y se contentó con las corridas de toros, donde al menos no podían perseguirle las tres unidades y donde comprende bellezas que se escapan á los ojos de los clásicos. Se me escapan también á mí, que no soy clásico á la francesa, estas bellezas, pero no dejo de comprender la exactitud de la observación del gran argentino, tan hondamente español. Y acaso hoy sucede que nuestro público se refugia en el género chico huyendo de los nuevos Moratines, una vez agotada la vena del último dramaturgo español.

Claro está que como la naturaleza es algo que se está continuamente haciendo, hemos de estar trabajando de continuo en nuestro propio natural y buscando fuera de casa elementos con que alimentarlo y mejorarlo. Pero esos elementos nos serán tanto más útiles cuanto mejor los asimilemos, y nos asimilaremos mejor aquellos que más en consonancia estén con nuestra naturaleza. Y la vecindad, á la vez que la analogía de las lenguas, nos ha llevado á buscar nuestro alimento espiritual donde acaso menos deberíamos buscarlo. Todas esas frases de "nieblas hiper-

bóreas" y "suspirillos germánicos" denuncian un equivocado conocimiento del alma española. La la-debe en su mayor parte á las lecciones de Alejandrina de Italia, que tan poderosa estalla hoy, se mania.

Estoy seguro de que cuando en España se deje de leer á Zola ó á Maupassant se seguirá leyendo á Dickens, y que éste será más popular que aquéllos, en cuanto en esto cabe popularidad.

Aquí entraría una nueva consideración, cual es la de la diferencia que va de la literatura europea, y en general mundial, á las literaturas nacionales, y cómo ingenios de primera en éstas apenas entran en aquélla, y en cambio llegan á la circulación mundial ingenios que figuran en segundo ó quinto grado en la estimación de sus compatriotas.

La tabla de valores que el sufragio de los doctos y cultos de un país forma con los ingenios del país mismo sufre un profundo cambio así que esos ingenios pasan las fronteras.

Pero este es un nuevo é interesantísimo aspecto que debemos dejar para otra ocasión.

Salamanca, Octubre de 1906.

CIENTIFICISMO

Il Crepuscolo dei filosofi, de G. Papini el ya famoso escritor italiano, es uno de los libros de más grata y más sugerente, á la vez que muy instructiva lectura. En él se alía la amena vivacidad de tono con la penetrante precisión del pensamiento. Es, como dice su autor mismo en el prefacio, “un libro de pasión —y por lo tanto, de injusticia—; un libro desigual, parcial, sin escrúpulos, violento, contradictorio, insolente como todos los libros de aquellos que aman y odian y no se avergüenzan ni de sus amores ni de sus odios”. No os asuste ni retraiga esto que el autor dice de su propio libro, y si podéis haberlo á la mano, leedlo, y os aseguro que me agradeceréis el consejo.

Componen el libro de Papini seis embestidas tan razonadas como llenas de pasión contra seis filósofos que han llenado con sus nombres el siglo pasado, y son Kant, Hegel, Schopenhauer, Comte, Spencer y Nietzsche. Y acaba con un breve epílogo en que el autor licencia á la filosofía.

Una de las embestidas es, como digo, á Comte, y en ella, después de mostrarnos lo que fué el Gran Sacerdote de la religión de la Humanidad con su fe teológica y nada positiva en el poder de la Ciencia, inserta un párrafo en que dice: "Su misticismo de matemático enamorado no podía atraer á las muchedumbres y ni siquiera á las clases cultas, las cuales se dejan fascinar más por las capillas ocultistas y teosóficas, y su iglesia, aun cuando tenga un templo en París y algunos vástagos en Inglaterra y en la América del Sur, no se puede llamar verdaderamente ni militante ni triunfante."

Declaro que no conozco en Sud América más que un comtiano activo, y es un fervoroso creyente en la religión del Maestro. Es él un noble ciudadano chileno, que de cuando en cuando me dirige cartas afectuosísimas y llenas de unción humanitarista, amén de unas hojitas de propaganda, con todo lo cual trata de convertirme á la Religión de la Humanidad. Y alguna vez ha invocado para decidirme mi cualidad de vasco, sin que á mí se me pueda alcanzar qué tenga que ver lo uno con lo otro.

Fuera de este ingenuo y fervoroso misionero chileno conozco una revista positiva, es decir, comtiana, que publica en Méjico D. Agustín Aragón, bajo el lema de *Orden y Progreso*, revista en que se cuenta por el calendario comtiano. (Un número que tengo á la vista dice: "10. de Federico de 118—5 de Noviembre de 1906.")

Aparte de estas dos no conozco más manifestacio-

nes concretas del comtismo de los países hispano-americanos, pero mis informes indirectos coinciden con los de Papini. He oído, en efecto, que el comtismo logró gran boga en Sud América, mucha más que en España, donde en realidad jamás tuvo eco. He oído á un amigo colombiano una porción de noticias respecto á la influencia de las doctrinas de Comte en la formación de los intelectuales de su país.

Y esta relativa boga de Comte no deja de tener relación con el respeto y admiración que se han rendido también por esos pagos—entre los pocos que en todas partes se interesan por estas cosas, se entiende—á otro supuesto filósofo, á quien también zarandea Papini, llamándole "mecánico desocupado", á Heriberto Spencer, á quien el autor del disparatadísimo libro *Raza chilena*—libro escrito por chileno y para los chilenos—le llama "el Filósofo Excelso"—así, los dos términos con mayúscula—, diciendo que los españoles y los italianos estamos inhabilitados para comprenderlo, por lo cual carece de valor cuanto en desdoro de él podamos decir Papini, italiano, y yo, español. Y menos mal que no estamos solos, ni somos solamente italianos y españoles los que no vemos la excelsitud de la filosofía del "mecánico desocupado". No es español ni italiano, sino yanqui, el prestigiosísimo profesor de Harvard, William James, el más sutil psicólogo contemporáneo acaso, y le ha dado cada meneo al tal "Filósofo Excelso..." Y en su tiempo se los dió Stuart Mill, mucho más filósofo y más excelso que él.

No asusta ni sorprende á ningún español ni italiano medianamente cultos, crea lo que creyere el autor de *Raza chilena*, que en una obra de psicología se emplee casi todo el primero de los tomos en la descripción anatómica y en la fisiología del sistema nervioso humano, y hasta hay algún pobrecito español, inhabilitado para comprender al "Filósofo Excelso", que con sus descubrimientos en histología del sistema nervioso ha hecho avanzar la psicología.

El párrafo del flamante autor chileno que escribe no más que para sus compatriotas—según confesión propia—no es más que una caricatura de una disposición de espíritu muy frecuente en todas partes, pero mucho más en los pueblos jóvenes, de cultura incipiente ó advenediza—y como advenediza, pegadiza—y esa disposición es el cientificismo, la fe ciega en la ciencia.

La llamo ciega á esta fe, porque es tanto mayor cuanto menor es la ciencia de los que la poseen.

Es el cientificismo una enfermedad de que no están libres ni aun los hombres de verdadera ciencia, sobre todo si ésta es muy especializada, pero que hace presa en la mesocracia intelectual, en la clase media de la cultura, en la burguesía del intelectualismo. Es muy frecuente en médicos y en ingenieros, desprovistos de toda cultura filosófica. Y admite muchas formas, desde el culto á la locomotora ó al telégrafo hasta el culto á la astronomía flamarionesca. Los felices mortales que viven bajo el encanto de esa enfermedad no conocen ni la duda ni la desespera-

ción. Son tan bienaventurados como los librepensadores profesionales.

Además de ser inútil querer disuadirlos, yo no sé bien si hay derecho á arrancarle á un prójimo una dulce ilusión que le consuela de haber nacido. Y además, tiene siempre algún mote con que defenderse de unestros asaltos diabólicos: nos llama "místicos" ó "teólogos" ó "paradojistas" ó, en último caso, "ignorantes". Y nos confunde. Otras veces siente una profunda compasión por nosotros, los que no sabemos postrarnos ante la ciencia. Yo me he encontrado compadecido así muchas veces, sufriendo al no poder, á mi vez, en justa reciprocidad, compadecer al que así se compadeciera de mí. Pues que mi sentimiento no era de compasión, ciertamente.

Decía William Ellery Channing, el nobilísimo unitario, en uno de sus sermones, y refiriéndose al hecho tan cierto de que en Francia y en España si se sale del catolicismo es para ir á dar en el ateísmo, que "las doctrinas falsas y absurdas, cuando son expuestas, tienen una natural tendencia á engendrar escepticismo en los que las reciben sin reflexión", añadiendo que "nadie está tan propenso á creer demasiado poco como aquellos que empezaron creyendo demasiado mucho". Y así es con el cientificismo.

Augusto Comte, lo ha visto muy bien Papini, tenía alma de teólogo, y su positivismo es de lo más teológico, en su fondo, que puede darse. Su fe en la ciencia era una fe teologal y dogmática, nada positiva.

Y teológico, y no positivo, suele ser el positivismo de sus secuaces.

Y sucede que, cuando esas personas que creen demasiado en la ciencia, y más que en ella misma—pues esta fe está muy bien—en el valor poco menos que absoluto de sus aspiraciones y en que la ciencia hace el progreso—este otro fetiche—y el progreso la felicidad humana; cuando estas personas, digo, caen de su burro y pierden su fe irracional en esa ciencia que ó no conocen sino á medias ó no conocen del todo, entonces se vuelven en los más acérrimos desdeñadores de la verdadera y legítima ciencia.

Dice Papini que los mejores discípulos de Comte se encuentran en las novelas de un gran francés, Gustavo Flaubert, y que son los Sres. Homais, Bouvard y Pecuchet. Sin duda que estos dos inmortales compañeros, así como el estupendo farmacéutico de *Madame Bovary* son tres de los más típicos representantes del científicismo; pero hay otro, en la ficción novelesca también, que no les va en zaga, y es el doctor Pascal, de Zola. Con la diferencia de que los héroes de Flaubert son caricaturas conscientes, puesto que su padre espiritual era hombre de finísimo sentido y de una muy clara apreciación del valor de la ciencia y hombre de ciencia sólida él mismo, mientras que el héroe de Zola es una caricatura inconsciente, como salido del cerebro de un hombre que padeció de científicismo en virtud de lo poca y mala que era su ciencia y de lo deplorable y vacuo de su filosofía. Las pretensiones científicas de Zola

hacen reír hoy tanto ó más que las pretensiones filosóficas de Victor Hugo. Las sólidas, sensatas y prudentes doctrinas de Claudio Bernard, un científico poco ó nada científicista y un hombre de tanta cautela como imaginación, pasando á través del cerebro simplicista y tosco de Zola, se transformaron en las ocurrencias más pintorescas y fantásticas, como se han convertido en fábulas índicas al pasar por ciertos cerebros las doctrinas sólidas, prudentes y sensatas de aquel hombre tan lleno de buen sentido y de ciencia segura que se llamó Darwin.

MM. Homais, Bouvard, Pecuchet y el doctor Pascal son divertidísimos. No sospechan siquiera que pueda haber otro mundo fuera de aquel en que ellos viven y mueren. Y si lo sospechan, imaginanse que es un mundo de pura fantasía, de ilusiones, de espejismos, cuando no de extravagancias.

Agréguese á todo esto la impertinente suficiencia de la democracia intelectual. Estoy seguro de que más de uno de mis lectores se escandalizan allá para sus adentros, y tal vez para sus afueras, del modo, á su juicio, poco reverente con que he tratado más arriba á Spencer, á Zola y á Victor Hugo. Y se habrá dicho acaso: "Estos señores que no tiran, sino á singularizarse y que acaso tratan de sorprendernos y dejarnos estupefactos, acostumbran tratar con mal encubierto menosprecio á todos los hombres consagrados y reconocidos por el sufragio de sus contemporáneos, y en cambio nos citan con elogio á unos cuantos señores, que deben ser de su cofradía, á los

que apenas hay quien conozca." Y por aquí sigue discurrendo.

El cientificista, en efecto, es un demócrata intelectual. Se imagina que la jerarquía mental se adquiere, como la política, por sufragio y que es la ley de las mayorías la que decide de la genialidad de un hombre, con lo cual no hace sino exaltarse á sí mismo. Porque la base de semejante democracia, y aun de cualquier otra, no es sino la soberbia gratuita, tanto mayor cuanto menos tiene un sujeto de qué ensoberbecerse. No tenemos sino ver que cuando á un pueblo le hacen creer en su superioridad colectiva, los que más se ensoberbecen individualmente de ella son aquellos de sus ciudadanos que tienen menos de qué ensoberbecerse por sí mismos.

De aquí, de esta soberbia gratuita, deriva la íntima satisfacción que experimentan las almas vulgares—y como tales, envidiosas—cuando alguien sale diciendo que los espíritus superiores están trastornados ó que los genios no son más que locos. Ha sido la envidia de los no geniales ó incapaces de genialidad, ha sido su secreto odio á la superioridad espiritual, lo que les ha hecho acoger con júbilo y aplauso semejante doctrina. Era la envidia lo que en vida de Sarmiento hizo que se le llamara loco. Los que se sentían inferiores á él se vengaban de ese modo.

Sólo una supuesta superioridad reconocen y acatan y es aquella que han otorgado ellos mismos, aquella que no es sino representativa. Hay cierto número de individuos cuyo prestigio y fama se deben al sufra-

gio de estas inteligencias vulgares y poco comprensivas. Son las celebridades representativas. No son los que se impusieron á la masa intelectual domándola y luchando con ella; son aquellos que la masa hizo á su imagen y semejanza. Y los tres citados, cada uno en su esfera, entran en esta categoría. Las vaciedades sonoras de Víctor Hugo eran, merced á su imaginación poderosamente sanguínea y merced á lo bajo y pobre de su inteligencia, muy apropiado para llenar de admiración al vulgo del espíritu, á la burguesía mental.

Las doctrinas de Spencer están al alcance de la comprensión del hombre más falto de educación filosófica y aun incapaz de recibirla. Y en cuanto á Zola, hay pocas cosas más simplicistas que la especie de psicología rudimentaria que corre por debajo de sus novelas, donde hay algún elemento puramente artístico no destituido de valor. Y así ha resultado que esos tres hombres han sido ensalzados por lo peor de ellos, siendo así que su innegable valor respectivo es á pesar de las cualidades que sus fanáticos han querido atribuirles y no por ellas. Y es natural que no alcanzara la popularidad de ellos ni Leconte de Lisle, ni Stuart Mill, ni Flaubert, y he escogido tres que corresponden por nacionalidad y hasta dentro de ciertos límites, por época á los otros tres.

Y todo esto ¿qué tiene que ver con el cientificismo? se me dirá. Pues sí que tiene que ver y no poco, porque el cientificismo es la fe, no de los hombres de ciencia, sino de esa burguesía intelectual, ensoberbe-

cida y envidiosa de que vengo hablando. Ella no admite el valor de lo que no comprende ni concede importancia alguna á todo aquello que se le escapa. Pero no puede negar los efectos del ferrocarril, del telégrafo, del teléfono, del fonógrafo, de las ciencias aplicadas en general, porque todo esto entra por los ojos. No cree en el genio de un Leopardi, pero sí en el de Edison—otro de los ídolos de esos divertidísimos sujetos.

La ciencia para ellos es algo misterioso y sagrado. Conozco yo uno que adora en Flammarión, en Edison y en EcheGARAY, que nunca pronuncia la palabra Ciencia sino con cierto recogido fervor, y la pronuncia con letras mayúsculas, así: CIENCIA!!! Os digo que la pronuncia con letras mayúsculas. Y el buen hombre—porque fuera de esto es un bendito varón—es incapaz de resolver una ecuación de segundo grado y apenas si tiene más nociones de física, química y ciencias naturales que aquellas que se adquieren en nuestro desastroso bachillerato.

Parodiando una frase célebre puede decirse que poca ciencia lleva al cientificismo y mucha nos aparta de él. La semiciencia, que no es sino una semiignorancia, es la que ha producido el cientificismo. Los cientificistas—no hay que confundirlos con los científicos, repito una vez más—apenas sospechan el mar de desconocido que se extiende por todas partes en torno al islote de la ciencia, ni sospechan que á medida que ascendemos por la montaña que corona al islote, ese mar crece y se ensancha á nuestros

ojos, que por cada problema resuelto surgen veinte problemas por resolver y que, en fin, como dijo egregiamente Leopardi.

Ecco tutto é simile, e discoprendo
solo il nulla s'acresce,

ó sea:

Ved que todo es igual y descubriendo
sólo la nada crece.

Y ¿no será conveniente que haya en un país un buen golpe de cientificistas? ¿No prestan acaso con su cándida ilusión ambiente y fomento á ciertas empresas? ¿No será el suyo, por ventura, un mal que se torna en bien? Tal vez, yo no lo sé, pero os digo que huyo de ellos como de la peste y que hay pocas gentes que me irriten más y me hagan más perder la paciencia que la honorable cofradía de los MM. Homais, Bouvard, Pecuchet, el doctor Pascal y compañía.

Salamanca, Junio de 1907.

ESCEPTICISMO FANATICO

Me dice usted que en la sociedad que le rodea observa cómo el escepticismo se une á la superficialidad de espíritu. Es natural. Esos mocitos de veinticuatro años desengañados de la vida ni saben lo que es vida ni cosa que lo valga. Y no pueden saberlo porque jamás la emplearon en provecho ajeno.

No sé si usted habrá oído la historia de aquel sujeto, que desesperado de su vida, salió una noche dispuesto á pegarse un tiro. Cuando iba á realizar su fúnebre propósito lo asaltaron unos bandidos y con intento de robarle lo amenazaron de muerte. Lo natural era que puesto que iba á matarse se dejara matar, pero no fué así, sino que se defendió y defendiéndose mató á uno de sus asaltantes. Y al encontrarse con que el conservar su vida le costó la vida á otro sintió el valor de ella, comprada á tan caro precio, y renunció al suicidio.

Si esos mocitos desengañados de la vida hubieran comprado la suya con cualquier sacrificio no serían escépticos.

Para ellos nadie vale nada; no hay mujer honrada ni hombre que no sea venal. No tienen más sentimiento dominante que el de la vanidad. Lo importante para ellos no es ser, sino parecer que son.

Pero hay algo más terrible, y es cuando esos mozos llegan á un escepticismo intolerante, fanático, agresivo, á un escepticismo dogmático en su anti-dogmatismo. He conocido escépticos de estos, escépticos rabiosos. He conocido algunos que se ponían frenéticos cuando alguien afirmaba algo, y ellos á su vez afirmaban que no puede afirmarse nada, lo cual es una afirmación como otra cualquiera. El *ignorabimus*, ignoraremos, es un dogma como otro dogma cualquiera, y ha nacido más que de la convicción, de la desesperación científica.

El *ignorabimus* de los agnósticos me parece el *lasciate ogni speranza* que puso el Dante á la puerta de su infierno. La ciencia que está dentro de ese recinto sobre cuya puerta está escrito el *ignorabimus* es una ciencia verdaderamente infernal por lo desesperada y desesperante.

No se fíe usted nunca de la aparente y fingida tolerancia de esos escépticos ó agnósticos; somos mucho más tolerantes los que aparecemos dogmáticos y afirmativos. El que dice sí y el que dice no pueden llegar á entenderse mejor que cualquiera de ellos con el que dice: ¿Y yo qué sé? El cual no anda lejos de decir: ¿Y á mí qué se me da?

Usted recuerda, sin duda aquel famosísimo pasaje de los *Hechos de los Apóstoles*, cuando Pablo de Tarso predicó el Cristo ante el Areópago de Atenas y aquellos tolerantes y finos agnósticos áticos le oyeron con calma hasta que llegó á hablar de la resurrección de los cuerpos porque ya entonces no

podieron sufrirle. Era el término á su tolerancia agnóstica.

Es terrible, señor, verdaderamente terrible la rabia saducea. Diríase que en el fondo se sienten desesperados por no poder creer ni poder siquiera querer creer y cuando se encuentran ante uno que cree ó quiere creer se les desata la bolsa de la hiel de la desesperación. Lo suyo es algo demoniaco ya que dicen que el demonio como no puede amar anda tratando de impedir que los hombres amen.

No crea usted que la peor intolerancia es la de los creyentes, no. Esta podrá tomar formas más agudas y aparentemente más brutales, pero en el fondo es más humana. La peor intolerancia es la intolerancia de eso que llaman razón. Las formas más despiadadas de represión de una creencia cualquiera son las que se han empleado por los que no creían nada y usaban de las creencias ajenas no más que como de arma para otros fines. Razones de política y no de religión han hecho singularmente crueles las inquisiciones.

Pero hay otra inquisición mansa y sutil que si no mata con fuego ó con calabozo mata lentamente, con la proscripción social, con el mote de locura, con la burla.

He conocido un hombre de ciencia, pero de verdadera ciencia, un especialista de positivo y reconocido mérito en la materia á que se dedicaba, que ocultaba muchas de sus íntimas creencias por temor de caer en el descrédito y hasta en el desprecio

de sus compañeros de profesión. Sufría la terrible imposición de la sequedad espiritual.

Porque, fíjese usted en que en el fondo lo que más nos irrita no es que el prójimo sepa más que nosotros, posea más ciencia, sino que sea más imaginativo y más sensible.

Es un fenómeno curioso, observado muchas veces, el de hombres de creencia que se refugian en el humorismo y escriben cosas fantásticas, declarando su fantasía, para dar libre suelta á sentimientos cohibidos. Fingen escribir en broma lo que piensan muy en serio. El ilustre Gustavo Teodoro Fechner, médico, físico, psicólogo y filósofo que tan profunda huella ha dejado en diversas ciencias, es un buen ejemplo de esto.

A Fechner le tocó actuar cuando la metafísica estaba desacreditándose, después de las fantasmagorías de los hegelianos, y teniendo como tenía una poderosa imaginación poético-filosófica, una gran facultad metafísica—porque la metafísica tiene tanto de poesía como de ciencia—, tuvo que comprimirla. Sus escritos humorísticos, entre los cuales los hay deliciosos, como *Anatomía comparada de los ángeles* ó aquel titulado *La sombra es viva*, escritos que firmaba con el pseudónimo de *Doctor Mises*, son escritos que muestran uno de los más recónditos rincones del alma ingenua y noble de Fechner. Debajo de aquella broma hay mucha seriedad.

Un día le preguntaba yo á un hombre de ciencia por otro hombre de ciencia también, y hubo de decirme: “¡Está perdido!” Y al preguntarle por qué,

añadió: “Figúrese usted que se ha dedicado al espiritismo.” “¡Hombre!—le repliqué yo—, así podrá mejor tratar de averiguar por qué hay espiritistas en el mundo, lo cual no deja de ser una cuestión interesantísima y muy científica sea lo que fuere del valor objetivo del espiritismo, cosa que por ahora no discuto.” Y como el grave señor quisiera apretarme por algo que él estimaba reducción al absurdo, aduciéndome el ejemplo del fetichismo, yo que no me achico tan aínas, y menos cuando topo con estos formidables dogmáticos negativos, le dije que, en efecto, el no poder hacernos nosotros fetichistas, siquiera por un momento, nos impide darnos una explicación completa y profunda del fetichismo.

Casi todo lo que los sociólogos—¡estos terribles sociólogos, que son los astrólogos y alquimistas de nuestro siglo xx!—casi todo lo que estos formidables señores escriben sobre los salvajes, peca porque ellos no son capaces de ser salvajes ni de suponerse tales. Cosa mucho más difícil, creo, de lo que pudiera creerse.

El hecho de que un niño de siete años no ha sido adulto de cuarenta y en cambio el hombre de cuarenta fué niño de siete años, nos lleva á creer que le es á éste más fácil figurarse á aquél que no á aquél á éste. Y, sin embargo, estoy convencido de que á los más de los hombres de cuarenta años les es punto menos que imposible imaginarse cómo pensaban y sentían cuando tuvieron siete años. Creo ser uno de los hombres que guarda más fresca memoria de su

niñez y, sin embargo, cuando no hace mucho escribía *Recuerdos de niñez y de mocedad*, que acabo de publicar, noté cuánto me costaba imaginarme la actitud de mi espíritu infantil ante los espectáculos que se le ponían delante.

Esa especie de agnosticismo severo, que suele degenerar en escepticismo fanático, de ciertos hombres de ciencia, no suele ser más que "asimpatía", es decir, incapacidad de ponerse en el caso de otro y de ver las cosas como él las ve.

Y estas gentes forman una especie de masonería tácita y arrinconan con la sonrisa de la lástima y el desdén á los que cruzan la vida persiguiendo al misterio.

Tropieza usted con uno de esos formidables desilusionados y se encuentra con que ellos saben de ciencia cierta y sin que les quepa duda alguna que al morirnos nos morimos del todo y que todo eso de que haya, en una ú otra forma, otra vida no es más que invención de curas, mujerucas y espíritus apocados. Y luego para consolarle le salen á usted con aquello de que nada se pierde sino que se conserva todo transformándose, que los átomos—hablan de ellos como si los hubieran visto—de nuestro cuerpo van á formar otros cuerpos, que nuestras acciones repercuten, y qué sé yo cuántas amenidades más que nos consuelan tanto como consoló á los tísicos el descubrimiento del bacilo de la tuberculosis.

Esos buenos señores han acotado el campo del saber humano diciendo: "Fuera de aquí no hay más que oscuridad y confusión."

Créame, señor, que por terribles que sean las ortodoxias religiosas son mucho más terribles las ortodoxias científicas. "A ese médico habría que quitarle el título profesional é impedirle que ejerciera la medicina."—me decía un día un médico, refiriéndose á un compañero suyo—; y como yo le preguntara por qué, me respondió: "¡Por místico!"

¡Místico! He aquí una palabra que á la hora de ahora no sé ya lo que quiere decir ni aun aproximadamente. Me pasa con ella lo mismo que con algunas otras, por ejemplo: modernista, demócrata, progresista. Yo no sé qué es eso de místico. Sólo sé que en boca de algunos es un modo de fulminar á otros.

Por supuesto, terrible y todo como me parece este escepticismo, ó mejor aun agnosticismo fanático, le encuentro preferible al escepticismo de que usted me habla, á ese que va unido á la superficialidad, al escepticismo de los desengañados y hastiados de una vida que como no les engañó no pudo hastiarles. El tal escepticismo no pasa de una pedantería ridícula. Y en el fondo no es más que frialdad de corazón.

Peor aún que frialdad, arenosidad de él. Tienen el corazón de arena, no de hielo.

Y esto me recuerda aquella hermosísima poesía de la poetisa inglesa Cristina Rossetti—¡delicadísimo espíritu!—cuando decía: "Cavé y cavé entre la nieve, pensando que las flores jamás nacerían; cavé y cavé entre la arena, y todavía no se me presentó cosa alguna verde. ¡Fúndete nieve! Soplan los calientes vientos que funden la nieve y deshuelan las

flores; pero no hay vientos de tierra alguna que saquen verdura de la arena.”

No hay cosa más terrible, en efecto, que la frivolidad, la superficialidad, es decir, la arenosidad. De arena son las almas de esas gentes de mundo cuya única preocupación es lo que llaman vida de sociedad. En país en que esas gentes llegan á predominar, hay que echarse á temblar.

¡Lo que un hombre de pasión y de fe sufre entre esos badulaques! Y sufre tanto más cuanto parezca que de más atenciones le colman. Lo peor del martirio de D. Quijote fué los festejos que tuvo que sufrir de parte de la alta sociedad barcelonesa. Y hay que leer en el estudio que á Burns dedicó Carlyle en su libro sobre los héroes, lo que dice cuando el buen aldeano escocés llegó á ser el niño mimado, es decir, el juguete de la alta sociedad edimburguesa.

El que un hombre se ponga de moda entre tales gentes es lo peor que puede sucederle.

Si usted conoce los maravillosos sermones de aquel hombre de Dios que se llamó Federico Guillermo Robertson, lea el que pronunció el 7 de Noviembre de 1852 en Brighton sobre el escepticismo de Pilato y lea en general en sus demás sermones cuanto en distintas ocasiones dijo sobre la superficialidad de las gentes de mundo. El egoísmo hay que buscarlo más entre las superficiales gentes de mundo que no entre personas que acaso caigan alguna vez bajo la sanción del Código.

Salamanca, Abril de 1908.

MATERIALISMO POPULAR

Estos Carnavales los pasé en Valencia, adonde fuí llamado por los estudiantes de Medicina de aquella Universidad á tomar parte en un homenaje á Darwin con ocasión del primer centenario de su nacimiento.

La fiesta me parece que resultó muy lucida y fué sobre todo una demostración más del amplísimo espíritu de libertad que se va extendiendo por España, y del profundo respeto de nuestros Gobiernos hacia todas las opiniones.

Cuando estuvieron aquí los profesores bordeleses, una de las cosas que más les sorprendió fué ver fijado en la calle un cartel convocando á los republicanos á un banquete en conmemoración del trigésimosexto aniversario de la proclamación de la República en España. “¿Pero no es España una Monarquía?”, me preguntaban, y luego: “¿Cómo consiente esto el Gobierno?” Y acababan con un *c'est étonnant!* En efecto: en Francia, y en la Francia de hoy, violentamente sectaria, no se permitiría una cosa análoga.